

Casas, torres y olvidos



SALVADOR CALVO MUÑOZ

CASAS, TORRES Y OLVIDOS

En el entorno cacereño puede observarse un considerable número de construcciones que ofrecen curiosas particularidades. Son, en general, edificaciones antiguas que, antes o después, han sido abandonadas por sus propietarios y ahora permanecen en el ostracismo, y sometidas al inexorable deterioro del tiempo y los elementos.

La mayor parte de ellas fueron habitación y hogar de familias pertenecientes a la alta burguesía, o nobleza, cacereña. Otras, las torres, perdieron su condición de hogar y defensa hace demasiados años y tal vez perduraron debido precisamente a su sólida estructura defensiva en años de inseguridades civiles.

En todas, o en casi todas, se han mantenido los blasones familiares, los escudos que manifestaban la presencia, o propiedad, de aquellas familias nobles. He aquí algunas de ellas y lo que sugirieron al visitante curioso.



1. FINCA DE CONEJEROS

Fuimos una tarde con poca luz, ¿o fue una mañana?, el caso es que había un pálpito mortecino entorno a las ruinas de Conejeros. Tan cerca, ahí a dos tiros de ballesta, y tan abandonada. ¿Veis la rotonda del Club de Tenis? Allí enfrente, detrás de aquellos pinos y de la vía del tren; allí está Conejeros. Dice nuestro amigo A. Navareño que el lugar se llamaba Arenal de Francisco de Ávila en 1694. A principios del XX había una casa con dos pisos, de quince habitaciones, y otra con cuatro habitaciones; eso dice D. Alfredo Villegas. Paseamos entre escombros y no vemos más que desolación y ruinas. Unos conejitos esgrafiados en una pared, ¿de ahí el nombre?

En los sesenta vivía allí gente, y mucha, y hubo obras: un mirador con torre, que quedó inconclusa, un oratorio de interesante crucero, un palomar, huerta, charca, zahúrdas, etc. Todo a la buena de Dios y con la huella de los desaprensivos que tiznan las nobles paredes con los indecentes “graffitti” modernos. Hace mucho tiempo, más de un siglo la propiedad era de la Mitra de Coria, los PP. De Buffalo, de D. Ricardo Salvador y de Dña Sagrario Muro; hoy es de la Fundación Mercedes Calle. A saber qué complicado designio determina el pesaroso estado actual de Conejeros. Lástima.



2. CASA DEL CAMARERO (Torrearias)

Día de Navidad. Al fin y al cabo el gordito barbado, vestido de rojo, va, poquito a poco, siendo sustituido por un paño, también rojo, con un Niño Jesús. Tal vez no quiera decir nada, o sean suposiciones nuestras, pero ese detalle apunta a una leve vuelta a las señas de identidad de un pueblo que, a fuerza de ser zarandeado por los vientos laicistas y anti...no sé qué, se resiste a que le borren la memoria y el recuerdo de sus mayores.

25 de diciembre y una espectacular torda blanca sobre los campos yermos del llano septentrional de Norba Caesarina. Más allá de Monte Abuela y Santo Toribio nos salimos de la N-630 por una puente sobre los raíles del viejo ferrocarril.

El carril nos lleva hasta un arapil alomado, a cuya vera está ubicada la casa fuerte de la Torre del Camarero. Qué espectáculo tan sugerente el de los campos blancos de la helada. Apenas se nota el céfiro de poniente, pero un frío intenso nos solivianta las manos y la cara.

En el mismo altozano, el huésped de la propiedad nos recibe con un amable saludo. Permítanme recordarles que para nuestro padre D. Miguel de Cervantes huésped no era el que se alojaba en casa ajena, sino el dueño de la misma o de la posada. Pues eso: el huésped nos saluda e inquirimos:

“¿Es esta la casa de Pozo Morisco, verdad?”

“No, señor. Esta es la Torre del Camarero”.

“¿Cáspita! La del Camarero. Qué maravilla. ¿Puedo hacerle unas fotos?”

“Desde luego. Haga, haga usted”.

Mientras un hercúleo mastín nos vigila bonacible, contemplamos la austeridad de la casa de Torrearias, a la cual incordian los elementos extemporáneos que los siglos han ido acumulando en su entorno. Pero ese halo de fortaleza aún permanece en la reciedumbre de sus muros.

Sucedió que cuando vinieron, nada menos que, Doña Isabel y Don Fernando, allá por 1477 y se alojaron en casa de Alfonso Golfín, en lo que hoy conocemos como Golfines de Abajo, en prueba de gratitud por sus servicios le concedieron la institución de un mayorazgo de bienes, que en 1487 pasó a su hijo Sancho Paredes Golfín, el cual fue camarero de la Reina, es decir, ayudante de cámara (no sea que algún ignaro se espante). En dicho mayorazgo entraba esta dehesa, llamada de Torrearias, con su casa fuerte, que naturalmente fue llamada del Camarero.

La mañana de Navidad avanza sigilosa en el mar helado del páramo; apenas se ven algunas aguanieves y un sol débil empieza a lanzar sus rayos timoratos sobre el día siguiente a la celeberrima cena.

“¿Ve usted aquel escudo? Es el de los Golfines. También había una torre; pero fue desmochada. Cualquiera sabe.”

“Muy bien, muchas gracias. Entonces ¿no sabe dónde está Pozo Morisco?”

“Ni idea. Pregunte en el Casar”.

Nos vamos de Torrearias, con su casa solariega y blasonada. Apenas pasa algún coche por la deshabitada 630. Quién va a moverse en semejante mañana de Navidad por tan gélido panorama.

3. CASA DE LA BRUJACA

Pertenece al término municipal del Casar de Cáceres. No aparece, por ello, en el Libro de Hierbas de 1909 de D. Alfredo Villegas; pero sí en el de Navareño. Poca cosa, es cierto; pero algo es algo. El caso es que habíamos hecho algunas salidas mañaneras por los carriles de Las Viñas de la Mata y no dábamos con La Brujaca. Habíamos llegado a La Calera, a Mae-Mae, acá y acullá, cuando una de esas mañanas alguien vio un tejado a la izquierda del carril, según salíamos. Nos detuvimos y fuimos a pie: La Brujaca. Navareño nos cuenta que en 1839 se levantó el piso superior, lo que indica que había otro anterior mucho más antiguo.



No tenemos noticia; pero sí evidencias de mucha vida en aquel pago: horno, cuadras, dependencias que hacen suponer que allí pudieron habitar varias familias. Y adlátere, una hermosa ermita, que consta que es del siglo XVIII, “con bóveda de cañón y cúpula peraltada sobre pechinas”, como dice el técnico. Lo más curioso es que, a la postre, supimos que el dueño de La Brujaca, hoy día, es ¡mi primo Eloy Pérez Breña!, cosas del azar, y sin saberlo.



4. LA CALERA

De cal, calera; por allí se veían ciertos promontorios blancos ¿era la cal?, ¿había pozos caleros? Dice D. A. Villegas que está a 18 km de Cáceres, por el camino de Arroyo. Salimos del intrínquilis de caminos de Las Viñas de la Mata y al cabo, allá al fondo, La Calera. ¿Cuántos años llevas ahí, casona? A. Navareño dice que a mediados del XVII era propiedad de D. Juan Roco de Oribe, y D. Alfredo que a principios del XX su dueño era Matías Parra Tejado, vecino de Arroyo.

Por doquier pasto de pacas para el vacuno, algún gato esquivo, santurros-tros y dos o tres palomas caseras? ¿zuritas? Casa grande, de dos pisos, cerrada a cal y canto, ¿cuyo blasón sobre la puerta? ¿Carvajal? Planta superior, por lo visto, de artesonado de madera y chimenea france-

sa; los flancos de mampostería y troneras (¿a quién había que disparar?). Pudimos asomarnos a la ermita: una capilla que sirve de zaguán, almacén de zarríos, cuerdas, haces de heno, escorias varias; y en la capilla, bóveda de arista y otra de media naranja. En el retablo barroco clasicista, la Virgen de África, San Antonio de Padua y San Francisco de Asís.

Cuadras para muchas bestias, corral amplio, cercas, zahúrdas. Allí vivió mucha gente, allí hubo mucho que contar, allí... avanza la desolación e impera el vacío. Una lástima.



5. ZAMARRILLAS

El que sabe de esta aldea y pueblecito abandonado es Fernando Jiménez Berrocal, ¿Y Francis Acedo? ...para dar y tomar. Hemos ido allí a pie y en coche. Desde el Collado de la Señorina, por un carril polvoriento, a lomos de burra de dos ruedas, cuando se ha terciado; y luego, deambulemos de sábados mañaneros por el entorno de Valdesalor. Aldea de Zamarrillas. Porque aquello fue un pueblo con todas las de la ley. Dice Francis: “Los documentos citan a Zamarrillas como un arrabal y, de hecho, el Interrogatorio de la Real Audiencia de 1791 lo incluye como último capítulo del partido de Cáceres. Zamarrillas posee algo inquietante, una sensación

de estar en otra época, una aldea fosilizada que el tiempo ha conservado.” Verdad absoluta. Varias casas. Palacio de los Muñozes, Casa Grande, Casa de las Roldanas, Casa de Merino, Casa Chica, Casa de los Porqueros, más ruinas de otras dependencias, huertas, zaguanes, cuadras, charca...Dice Navareño que en 1780 había 28 vecinos y a principios del XVIII llegó a haber 50 familias. Capilla-Iglesia de N^a S^a de la Esclarecida. Y de repente, la gente empieza a irse y al cabo de unas décadas no quedan allí ni ratas ni abrojos. ¿Qué será lo que pasa en algunos lugares desafortunados? ¿No sentís el clamor del pasado cuando visitáis esos pagos desgraciados, reinos de la soledad, el olvido y el abandono?.....Zamarrillas.



6. TORRE LA HIGUERA

¿Qué higuera? Tanta higuera por acá, por allá...no hay, nunca hubo tal higuera. Esa higuera es peña, roca, lugar de peñas, piedras...

Hemos pasado infinidad de veces por la carretera de Aliseda, o a la vuelta, y ahí, a un tiro de piedra, la torre sola, muda, eterna, en medio del llano, a la intemperie de los siglos.

Pero eso no fue siempre así, ni mucho menos. D. Alfredo V. dice, en 1909, que había casa de labor, que cerca está el río Casillas y la charca de las Grullas, y que entonces era propiedad de D. Joaquín Mayoralgo de Ovando.

Antonio Navareño nos cuenta que la célebre D^a María Ximénez fue dueña de la Torre y Casa fuerte de la Higuera. Se casó con un Ulloa y su hija Catalina emparentó con los Ribera, total...

Tal vez, antiguo baluarte romano de defensa de una “villa, ae” que habría alrededor de ella.

Hay noticia también de que por ahí anduvieron los Reyes Católicos. Y ahí sigue, impertérrita, sola, casa-hogar de palomas y cigüeñas. Muros de sueños eternos.



7. CORCHUELAS

La carretera de Badajoz pasa por Aldea Moret. Antiguamente, a la izquierda estaba el bar “Mónaco”, curva y a la derecha PROA, luego la vía del tren y muy cerca, a la diestra, la casa de Corchuelas. Hoy unas vallas nos impiden el paso, olivos, paredes, y luego la mole de la casona que está allí desde el siglo XV. Aquel paraje se llamaba Prado de Corchuelas, entre la Enjarada, la Aldehuela y los Baldíos.

La casa (A. Villegas) tiene 34 habitaciones en tres pisos. Hay cuadras, huerta, tinao, etc. Era entonces, hace un siglo largo, de D. Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno y Gordón, conde de Torrearías.

La historia dice que un Sande se casó con una Álvarez Saavedra y que su casa vieja la reedificó un Golfín. Al cabo en 1534 allí partía el pan nuestro conocido Camarero Real Sancho Paredes de Golfín. La capilla es de 1606, dice nuestro amigo Navareño y más tarde obras en 1739. Hay blasones de Golfines, Sandes y Carvajales. Se cita esta casona noble, tantas veces vista y tantas ignorada, en Boxoyo y en Mádoz.

8. LA ENJARADA

Si bien no estamos ya para esos trotes, los de las nocharradas de tabaco y estómago en bascas, hay que entender esas vehemencias juveniles. Y observamos, con cierto agrado, que es una lástima que los muchachos, y muchachas, de hoy no frecuenten más la sanísima costumbre de arreglarse para la fiesta. Digo que por qué no más veces al año.

Está muy bien – o al menos así nos lo parece a nosotros – que ellas y ellos se pongan el terno oscuro y se lancen al desenfreno del nuevo año vestiditos que da gusto verlos. Siempre hay zarrapastrosos rompiendo la tradición y vistiendo con el mal gusto del que hacen gala de ordinario. Lástima. Nos parece que a los ultaprogres eso de vestir con traje, camisa blanca y corbata les repeatea los estamentos inferiores. En fin.

El caso es que nosotros...y tal vez digan: “¿Por qué habla en plural?”. Pues muy sencillo: porque somos dos. “Ari” es una hispano-bretona que me acompaña y no tengo razones para anular su presencia. Bien, decía que salimos los dos de casa aún la noche cerrada y, como Dios nos dio a entender, atravesamos por la turbamulta de jóvenes celebrantes de la Noche Vieja, no sin que alguno tal vez pensara: “¿Y adónde irá este con una perra a estas horas?”. Pues mire usted, joven vividor de amores y bebedor de alcoholes, a pasear los entornos de Norba y a contemplar, cuando venga el día, una de esas casas solariegas que levantaron los antiguos y que resisten el paso de los siglos.

Así fue que cuando los gallos “querían crebar albos” estábamos a la vera de La Enjarada. La perra buscando rastros frescos entre el pasto, la hierba y las retamas y un servidor mirando y remirando la noble casona.

Voilà. A Ridley Scott, cuando la vio, lo que se le ocurrió fue que esa casa bien podría ser La Rábida colombina, y así fue que figuró en esa no muy celebrada película que a nosotros nos embebe tanto: “En busca del paraíso”.



Aquella gesta increíble del Almirante y los marinos Pinzones fue a finales del s. XV, precisamente cuando dieron comienzo las obras de construcción de esta noble casona solariega. Según hemos leído, parece ser que fue el arcedianos de la

Catedral de Plasencia, don Francisco de Carvajal el promotor de la obra, el mismo que levantó, o sufragó, o apadrinó, la obra del puente entre el Almonte y el Tamuja.

Bien, bueno está; la casa, de galería abierta y amplias dependencias, se levanta en un arapil mirando a levante. Nos dice A. Navareño, en su libro, que alojó al Rey D. Felipe II en una ocasión en la que el sombrío monarca regresaba, por estos pagos, de un viaje a Portugal. Vale, y también oímos alguna vez que había servido de alojamiento a sus majestades D^a Isabel y D. Fernando. Eso ya no es más que un rumor, que no fundamos en nada, más que en una vaga y fútil suposición.

Dejemos la historia a los historiadores y divaguemos en torno al encanto de estas viejas construcciones que, de milagro, aun se yerguen en campo abierto, para que los que amamos esas cosas del ayer remoto, podamos disfrutar con el inocente ejercicio de su contemplación.

9. TORRECILLA-LAGARTERA

La orilla derecha del Salor, a la derecha del la Vía de la Plata, de sur a norte, estaba bien vigilada, al menos en ese tramo, donde a la calzada romana le pasan por encima la nacional 630 y la modernísima autovía. Dos torres fuertes, desde cuyas almenas los ojos escudriñadores de los centinelas oteaban el horizonte en busca de avances sospechosos.

Mañana gris de Semana Santa. Pagos de Zamarrillas, Lagartera, regadíos antiguos de Valdesalor. Apenas un recuerdo de aquella fertilidad de antaño en esa pétrea soledad de los arrumbados y enmudecidos secaderos de tabaco. Toda animación se limita a unas praderas con algún equino que otro y a las inefables, ácidas e insufribles vacadas que pastan penosamente en un desquiciante mar de bostas. ¡Ah de la Mesta! ¿No es esta tierra de merinas?

Torrecilla de Lagartera. Como en el caso de la del Cachorro, se levantaron ambas en un principio aisladas. Torre de vigía, de defensa. Lagartera, señorío de Aldana. Desde finales del XIV, ahí, atalayando sus almenas, amenazando sus saeteras, cuidando y vigilando. Luego empezaron a construirle adosados muros para las dependencias que conformaron el castillo.

Torreón, chozo y zahúrda, fuente y cordel de merinas, al decir de D. Alfredo Villegas.

En el Memorial de Ulloa dice que en 1399 se casaron D^a Inés Fdez. de la Cámara con D. Rodrigo Álvarez de Aldana. De ahí vino el mayorazgo de su nieto Hernando de Aldana en Lagartera, nos cuenta Antonio Navareño. Y lo de planta cuadrangular, almenas, matacanes, etc.



10. EL CACHORRO

En la del Cachorro, a un ballestazo de Torreorgaz, otro tanto de lo mismo, y blasón de los Ulloa. En Torreorgaz, según entramos a la derecha, echamos unas pintas en el Mesón de Pepe, cerca de un crucero que nos llama la atención. La crucecita está sobre una columna; se ve que es un añadido, pero que nos aspen si esa columna no es romana. Jugimo sabe de esto. Salimos por una calleja y, a cuatro pasos, la mole de El Cachorro. El origen es Alfonso de Ulloa, bisnieto del Comendador de Alcuéscar y primo de Gonzalo de Ulloa, señor de la Villa de la Torre de Argaz, por obra y gracia, nada menos, que del Emperador D. Carlos I de España. Tres plantas, pero la puerta de acceso, en alto, la han cegado. Hay, no más, cuezos de metal para el ganado, cuerdas de pacas, inmundo muladar, escoria. Los venerables muros de sillería, humillados y ofendidos. Por lo visto esas viejas torres medievales, con sus matacanes sobre ménsulas, tan señoriales, no se merecen la devoción ganada a base de siglos. ¡Vae victis!



11. MAYORALGUILLO DE VARGAS

¡Mirad qué hijadera!, dijo Nico. ¡Eso es una cochiguera!, añadió Gonzalo. ¡Zahúrdas! ¡Las zahúrdas de Plutón!, terció en el conflicto léxico. Al lado de unas de un par de siglos, otras casi adivinadas y comidas por la destrucción, las centurias y el olvido.

Coronando un teso poblado de prieto retamar y formaciones pétreas de granito, se alza, imponente, la soledad de Mayoralguillo de Vargas. Dice Antonio Navareño, que de esto sabe un rato, que en el XV vivieron allí Cristóbal de Figueroa y Cecilia Vázquez de Vargas, y que de ellos viene esta heredad. Mayoralguillo de Vargas o de Figueroa, de ambas formas se conocía. Luego, por lo leído, la Compañía de Jesús metió mano en el asunto, pero eso antes de 1909, que ya era de los Jiménez Higuero. Bueno, lo que fuese.



¡Oh, altos muros, de torres coronados! Decía Góngora, que recién nos ha entretenido con una prosa graciosísima. Muros de la torre de Mayoralguillo, que con sus canes preside la eternidad, que se cierne sobre toda la llanura del Salor. Cigüeñas, chovas, grajillas y palomas bravías pueblan, no más, los perfiles dorados de esos magníficos muros de mampuesto y granito.

Cuando deambulamos por los restos de todos estos monumentos arrinconados de soledad y abandono, siempre nos parece oír el trajín de tantos como habitaron el escenario. ¿Cuántas personas vivirían al aire de estas casas enormes, que se yerguen impo-

nentes en el entorno de Norba? Habría fiestas, lágrimas, lutos, pasiones, músicas, brillo de aceros y hasta olor a la pólvora de los mosquetes. Todo lo cambiará la edad ligera/por no hacer mudanza en su costumbre . Cuando dejamos el pago, un sol inclemente se cierne sobre el sobrio perfil de Mayoralgullo de Vargas.

12. MARTINA GÓMEZ

En dos días, de un frío glacial, a la del alba, a un calor tórrido y sofocante. Este país no tiene remedio. De la sequera parda, ocre y marronácea, al verde claro y oscuro del la hierba y del bosque. En mayo un calorcito suave bien está, pero no este chajuán descompensado e impertinente a todas luces.



Salor arriba, cuando acaba el bosque de encinas, el llano amplio y despejado de Galindo y Carretona. Del cauce hacia el meridiano dos fortalezas: Mayoralgullo y Martina Gómez.

Nos hemos acercado, a pie, hasta el otero desde el cual mira la lontananza la casa fuerte de doña Martina Gómez de Espadero. Alguien habita el caserón y nos arrimamos al baluarte hablando bajo y sin alharacas. Lo raro es que no nos ladrara ningún can. Don Alfredo Villegas y Antonio Navareño nos iluminan como es habitual.

Doña Martina enviudó en 1402, pero doña Leonor su hija enlazó con los Ulloa y ahí aparece en la historia “El Rico”, Diego García. Doña Mencía, hija del dicho Diego se casó con un Golfín y tenemos ya a García Golfín de Carvajal. En el frontispicio de la casa grande un escudo de Golfín preside el panorama mudo del patio.

Fortaleza cuadrangular con cuatro cubos. Apenas queda un trozo de uno y restos graníticos de la muralla. En saliente, los autos rápidos de la autovía ponen un tono de precipitación en esta soledad y silencio de siglos. Cuando volvemos hacia el coche, que hemos dejado en el bosque, y atravesamos el llano verde y despejado, el sol cae como un mantazo sobre la mañana. A ver cómo se soportan estas calmas ardientes, si no es bajo los gruesos muros de la casa de Martina Gómez.

13. LAS CERVERAS

Pedro Cervero. El can cervero. Cervero. Cerf. Cervus. ¿Quién sería aquel Pedro Cervero de hace siglos? El caso es que esa dehesa, según se va a Emérita, a la izquierda, pasadas las Arguijuelas, se llamó así alguna vez, y ahora Las Cerveras, o en singular, que también. Todo el mundo ha oído lo de la aviación de la Cervera; pero nosotros obviamos ahora lo de los vuelos sin motor, hangares, aeroplanos y esas vainas aerodinámicas.

Hemos ido a ver dos casas fuertes, y una tercera que ya no existe, y que la hubo cuando don Alfredo Villegas; pero ya no queda ni huella. A la primera, que está par de la carretera vieja, le añadieron una construcción sorprendente, por los clavos de Cristo, si parece moderna totalmente; una residencia con veinte o treinta habitaciones en lo que pudo ser internado, seminario o sabe Dios qué sería aquello... pues nada, soledad y silencio.



La casa fuerte con sus sillares, troneras, saeteras y matacán. La hiedra ha ascendido por un muro y sobre él anidan las cigüeñas. Cerca, en lo alto de una suave loma, desde la que se observa una panorámica magnífica, la otra casa, la casa grande, con cerca, dependencias, corrales, huertas y mil aditamentos más de aquella vida que fue y de la que no queda apenas ni memoria.

Ante la puerta principal, en el altozano (ante ostium) restos de un pasado aún más venerable y glorioso: dos miliarios romanos abatidos y algunas piedras nobles por allí esparcidas. Natural: La calzada está a un tiro de ballesta. ¡Ah, víctimas del tiempo, huellas de aquella vida que se ha llevado el devenir impío!

Deambulamos por los alrededores: pozos artesanos, granitos horadados, paredes desvencijadas y las pertinaces vacas dejándolo todo hecho una sucia sentina e inmundito muladar. El edén mediterráneo convertido en una triste pocilga. Mustio collado.

14. MANGARRÍA

La primera vez que oí hablar de ella fue a los cazadores. Los de la sociedad de CC (Agrupación de Cazadores de Cáceres) cazaban de vez en cuando en Mangarría. Y por el sitio, me llamaba la atención. No sé qué querencia tengo yo con esas coordenadas ni por qué me atraen tanto esas soledades del páramo y el ribero.



Luego apareció en los textos. D. Alfredo Villegas dice que se llama también Cerro Gordo y que tiene unas 600 fanegas; pero el que nos da buena cuenta de ella es nuestro amigo A. Navareño. Data su origen en 1364, ¡nada menos!, y que fue “aldea del término de Cáceres”. La “mal garrida” hubo de ser D^a Martina Gómez de Espadero. De mal garrida>malgarría>mangarría. Cosas de la evolución fonético-morfológica del léxico, ya saben. Y luego, en el XV, los Ulloa, un Fernán Pérez que se casó con D^a Gracia de Carvajal, trujillana de pro. En fin, familias ilustres. Allí hubo mucha vida. Eso, hubo.

Hoy, campos de soledad, mustio collado. Ni escudos ni torre. Restos de la muralla y de un cubo cilíndrico, sillares de granito, gruesos pilares, arcos de teja, ladrillos rotos, ruina por doquier, abandono, y en las traseras de lo que alguna vez fuese vivienda, aún

dos ménsulas de un matacán, que apenas se sostienen en los desvencijados muros.

¡Cuánto encanto y evocación deambulando por las ruinas de Mangarría! Y qué descaro, la ignorancia y el utilitarismo hodiernos: Unos cubos de metal, aljibes modernos, allí adláteres, para romper la armonía de la vieja casona fuerte.

El lugar, ideal. Al norte, el ribero del Tamuja y allá, al fondo, Monroy, llanos, el Almonte, más llanos, el Tajo; más al fondo: cordillera de San Pablo y entre la pátina del espacio se difuminan los perfiles de la meseta. Al poniente próximo, Pie de Zarza, las Centollas, allá Casar y los riberos del Almonte; a meridiano, el llano, y entre la Mosca y la Sierrilla, Norba Cesarina. Bien supieron el lugar de la atalaya los que levantaron estos muros de Mangarría.

15. CARRETONA DEL SALOR

Al cabo del carril incómodo, se abre el llano límpido, verde y ocre, hasta el perfil azulado de la Sierra al fondo. Unas casas nuevas respuntean los claros del bosque de encinas, y en el extremo, tras una entrada, un pórtico aparatoso que han titulado “La Carretona”. Un poco más adelante está la Carretona de verdad.



Una fortaleza en humilde miniatura. Cuatro cubos, torres redondas, en las esquinas del cuadrado de la muralla. En el centro, la casa sobre la base sólida de un cancho de granito “sillería gruesa y poco labrada” dice A. Navareño. Casa fuerte de la Carretona, de cinco habitaciones, por las que pasea, tal vez el perfil de su promotor, Alfón de Torres.

Puerta principal cegada. Arco de medio punto aladrillado. Alfón de Torres pidió permiso al controvertido Enrique IV y luego Doña Isabel, la reina católica, lo confirmó, para disgusto de los otros nobles cacereños, que también querían defensas en sus heredades y mayorazgos.

Saeteras, o troneras cruciformes, a metro y medio del suelo. Lucha a tenazón, cuerpo a cuerpo, defensa a ultranza. Hoy, soledad y olvido. Huellas de la labor pecuaria del arrendatario y no más. Para consuelo, Carretona, desde su ángulo triangular, ve en las otras esquinas como sus hermanas, Mayoralgullo y Martina, también padecen, y aguantan impertérritas, el lento sucederse de las décadas y los siglos.

¡Ah! Lástima de muros y estructuras. ¿Nunca habrá organismo poderoso que recobre del ostracismo estos testigos de la antigüedad? A dos leguas de Norba, las viejas casonas del ayer miran el sol de los días y las estrellas nocturnas. Porte sobrio y guerrero de la Carretona del Salor.

16. HIJADA DE VACA

Mañana de abril luciente y fría. Siguiendo día de unas lluvias beatíficas y un ventarrón inclemente en las horas vespertinas. Se ha incrementado un tanto el tono verde del campo, en esta primavera triste de circunstancias. Han florecido algunos árboles y se ha apagado un poco el tono ocre de las praderas. Habrá que consolarse con tan poca cosa.

A primeras horas, Malpartida languidece, y apenas se ve un caminante por las calles desiertas. Pasamos La Cañada y bordeamos el fragosil de peñas y árboles de Los Barruecos. Camino del sur, hacia el Salor, por una calleja ancha, que es vía pecuaria, labradita de baches e inconveniencias, a menos de una legua, llegamos a los alrededores de la casa de Hijada de Vaca.



Nos cuenta Antonio Navareño que Juan de Carvajal y Toledo fue el artífice de aquella primitiva obra; que estaba casado con doña Teresa de Torres y Ovando, con lo cual ya tenemos ilustres familias representadas en los dos magníficos blasones que adornan la puerta principal: El de la izquierda, de los Carvajal-Toledo y el de la diestra, de los Saavedra-Figueroa.

Exenta, una ermita del siglo XVIII, cerrada a cal y canto, en la cual hay, dice A. Navareño, un lienzo de la Virgen de Guadalupe de aquellos años. Tremenda casa la de Hijada de Vaca, magnífica, fuerte, venerable; empañada no más por cierta abulia representada por esos nidos de cigüeña que afean y ensucian sus renovadas techumbres. ¡Cómo iban a faltar las pertinaces vacas! Enormes dependencias agropecuarias en el entorno adjunto a la casa.

Deambulábamos por los alrededores, al aire frío de la mañana, cuando apareció una señora en la puerta. ¿Viven ustedes aquí? Sí, por toda respuesta. Bueno, pues no molestamos más y queden con Dios.

Hacia el saliente y meridiano, una enorme pradera verde parece todo un campo de golf. Al fondo, la oscuridad inquietante del bosque espeso de encinas, que se alarga hasta el cauce del Salor. Ahí te quedas, casa venerable, con tu torre redonda, tu enorme chimenea francesa y tus ventanucas como troneras, porque nos vamos al calor de las migas, que nos promete Juancho Viola en El Gallo.

17. LA ERMITA HUNDIDA (SAN JORGE)

Tras el paréntesis estival, hemos vuelto a los deambuleos y barzoneos por los parajes del entorno. Ayer, domingo 20, de un septiembre efervescente de calor irracional, tamizado por una leve tormenta y unos casi imperceptibles riegos de beatífica lluvia, salimos en pos de las huellas del pasado.

A las primeras de cambio, fuimos a parar a ese llano desolado que hay a la diestra de la carretera de Badajoz, un poco más al sur y enfrente de la fantástica silueta del castillo de Las Seguras.

Por un polvoriento carril, bien escoltado por las pertinaces alambradas, y tras el paso de un par de oxidadas y chirriantes angarillas, llegamos a cuatro pasos apenas de la inefable e inexplicable ermita de San Jorge.



En un considerable, por su tamaño, hoyo del terreno, cuyo fondo es una muestra de barro seco, en un extremo, una construcción extraña levanta sus deteriorados muros. ¿Una capilla, ermita o fábrica de oración y devoción? ¡Que nos aspen!

La soledad, las inclemencias del clima, la incuria e incluso la maldad de algunos visitantes han convertido el lugar en muestra de ruina y desolación. Por ejemplo: un tal Juan de Ribera pintó en los muros encalados del interior de las dependencias una serie de escenas religiosas del Nuevo Testamento. No se trata ahora de valorar la importancia artística de las mismas. Pero una mano cruel se entretuvo, sabe Dios cuándo, en horadar con punzante objeto las caras de santos, ángeles y demás personajes allí dibujados. Hay que tener mala sangre, sin duda.

Llegamos a la conclusión, no demasiado firme, que aquella máquina de muros y arcos, no debió ser ermita, y menos de San Jorge de Capadocia, sino pozo artesano que aprovechaba las aguas, ahora ausentes, de aquel enclave. Habría tanto que discutir del asunto en ciernes...

A un tiro de piedra, la Torre de los Mogollones. ¡Qué magnífica fortaleza!, ¡qué torre vigía del llano!, ¡qué pena de monumento devenido y convertido en muladar vacuno! Nos estamos empezando a cansar de constatar, en nuestros devaneos campestres, el estado de abandono de tanta obra admirable dejada al paio de las inclemencias. ¿Dónde está el quid de esta cuestión?

Si se trata de propiedades privadas ¿ni a sus dueños legítimos les interesaría recuperar el estado primigenio de sus monumentos?, ¿no puede la Administración establecer alguna línea de intervención en tan flagrantes casos de desidia, ruina y abandono? Bueno, en fin...

De nuevo la maldita solajera nos empezó a empujar camino de la sombra, para evitar el calor del campo asolado. Hacia el noroeste, el cauce seco del Salor y antes, el dólmen de La Hijadilla. Admirable recuerdo de unas gentes que habitaron estos pagos hace milenios.

Volvemos. A la diestra del carril polvoriento, una cruz de granito, con una leyenda grabada, nos cuenta que allí mataron a un pobre hombre y su doliente familia dejó el recuerdo de cruz de piedra. Entramos en Malpartida por Los Barruecos. La última

ocurrencia moderna de un arquitecto, en forma de edificio desesperante, nos acaba de amargar la mañana. Ideo praecor.

18. BLASCO MUÑOZ

El que sabe de este sitio es nuestro amigo Antonio “Norbanó” (Rodríguez González), que dejó no hace mucho en “Alcántara” un magnífico relato de las vicisitudes de este antiquísimo paraje. P. ej.: La torre de Blasco Muñoz permanece impertérrita ante la sucesión de los siglos, oteando las fértiles vegas del Ayuela y el Salor, anclada sobre la roca viva como un gigante centinela.



Heredamiento de la Torre de Mayoralgo o Garabato llama A. Villegas a esta propiedad, sita entre Las Cerveras, Las Mayas, el Prado de la Aldea y el Dehesijo Grande de Mayoralgo. Dice que hay casa principal con tres pisos, 17 habitaciones, etc. Y que el castillo ruinoso adlátere se llamó Torre de Villalobos. Era propiedad de D^a Matilde de Mayoralgo y Ovando y del Conde de Canilleros.

Más atrás, siglos atrás, la Torre de Blasco Muñoz viene, dice Navareño, de aquel Blasco Muñoz que aparece ya en el reparto de Sancho IV en 1282, que ya hace un rato. En 1320 otro Blasco Muñoz, el segundo, instituyó el mayorazgo, de ahí lo de mayorazgo > mayoralgo.

Torre del Homenaje, antemurallas, almenas, saeteras, etc.

